

política ofende tan gravemente en el territorio de la Unión Americana. Por último, Alemania, por bien disciplinados que sean sus funcionarios y sus soldados, no cambiará los Chinos en Germanos: no será más que una potencia conquistadora y dominante, representada por un grupo de amos, que se tendrán siempre por extranjeros y que continuarán siendo aborrecidos si su política no toma dirección distinta.

En cuanto á Rusia es otra cosa. Preséntase á lo largo de las fronteras de China por los mismos caracteres que le hacen asemejarse al ingenio del Medio; llega con todos sus rebaños de pueblos asiáticos, Buriates y Mandchues, Kirghizes y Mongoles, todos descendientes de hordas que reconocieron antes el señorío del emperador amarillo y que se prosternan hoy ante el czar blanco. La alianza material, íntima, popular, se hace fácilmente por todos esos elementos étnicos, mientras que la influencia rusa propiamente dicha es debida á la colonización agrícola sobre las márgenes del Adur y del Oussouri, al trazado de los caminos y de los ferrocarriles, á la edificación de las ciudades y á la apertura de las escuelas.

Del lado donde producía su acción más eficaz, el carácter de esta penetración gradual ha sido modificada en parte durante los dos últimos años (1905). El recuerdo de algunos miles de Chinos atados por parejas y ahogados en Blagovetchensk en 1904 no se borrará tan pronto entre los Hijos de Han. Pero sobre toda la periferia mongola y turkestaná — 2,500 kilómetros á vista de pájaro entre las fuentes del Amour y las del Amudaria —, la situación respectiva de los elementos que se hallan frente á frente no debe haber cambiado desde las derrotas de los Rusos en la península de Liaotung y en el valle del Liao-ho. De una parte y de otra del límite oficial, poblaciones de la misma naturaleza entran en el círculo de la civilización rusa.

El Japón, en sus relaciones con China, posee ventajas análogas. Formosa, las islas Kiu-Kiu y las Pescadores, conquistas recientes de los Japoneses, se unen al imperio del Sol Levante de la misma manera que las grandes islas propiamente llamadas japonesas se unen las unas á las otras, y los Japoneses que se introducen en gran número en esas tierras conquistadas, tienen, merced á su

cultura superior, un gran ascendiente de asimilación sobre las poblaciones nativas. Actualmente trabaja el Japón para obtener el mismo resultado en China, hasta haciéndose instructor é iniciador, haciéndose indispensable como intérprete allí de la civilización europea. Trata de acomodarse tan bien al nuevo orden de cosas, que acecha la ocasión de anexionarse fácilmente una buena parte de China, ó unirse con ella en una confederación del Oriente, bastante



Cl. P. Sellier.

ESCUELA JAPONESA BAJO EL ANTIGUO RÉGIMEN

poderosa para contrabalancear los Estados del Occidente. Entre los extranjeros que se precipitan actualmente hacia China, se cuentan los Japoneses en mayor número, y de las escuelas japonesas salen principalmente los alumnos chinos para estudiar las ciencias de Europa. ¿Quién puede asegurar que en esas escuelas los amarillos de China no aprenderán á ser soldados como lo han llegado á ser los amarillos del Japón? Por desgracia es demasiado fácil, por medio de una educación al revés, conducir un ciudadano pacífico hacia la vida brutal de la animalidad primitiva, es decir, convertir labradores en militares. Los «Hijos del cielo» dicen de sus soldados que son «tigres de papel», mas, por poco que se les ayude, puede

hacerse de ellos «tigres verdaderos»¹. He ahí un peligro inminente en caso de nuevos conflictos.

Suele repetirse que los Japoneses han sabido imitar maravillosamente á los Europeos en las formas exteriores de la civilización, pero que el fondo de la naturaleza japonesa desde el punto de vista moral no se ha modificado en nada. Tales afirmaciones no pueden sostenerse ante el examen de los hechos, porque entre los cambios realizados hay muchos que atestiguan una concepción muy diferente de las antiguas ideas respecto al ideal de la sociedad. Algunas revoluciones análogas por los efectos presuponen evoluciones previas que han seguido de una parte y de otra, en Europa y bajo el «Sol Levante», la misma marcha en los ánimos. Así la destrucción del régimen feudal no puede considerarse como una vana imitación. Una transformación política y social de tal importancia, originada en gran parte entre aquellos mismos que más habían de sufrir personalmente sus consecuencias, no hubiera podido realizarse si no hubiera correspondido á un movimiento interior de la nación. Otro tanto debe decirse de la abolición de la servidumbre, revolución cuyos efectos directos fueron directamente sentidos por dos millones de hombres y que cambió profundamente las condiciones de existencia para toda la masa proletaria.

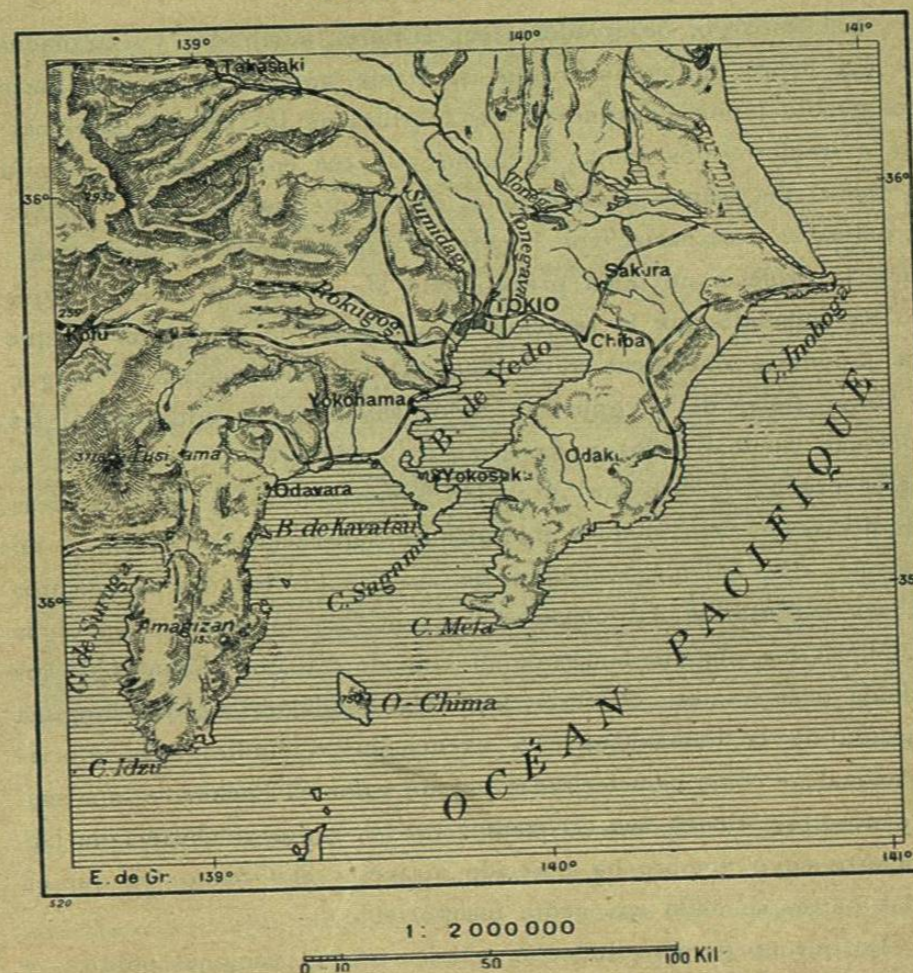
Un paralelismo histórico de los más notables ha hecho de la emancipación de los siervos en el Japón el equivalente de acontecimientos análogos realizados en Rusia y en los Estados Unidos de América, de donde partió, en 1853, la expedición del comodoro Perry, forzando en nombre del comercio mundial la apertura de los puertos japoneses. El fenómeno de una contemporaneidad casi rigurosa en la misma revolución social, la liberación de los esclavos en Rusia, en los Estados Unidos y en el Japón, países tan lejanos unos de otros, tan diferentes por su pasado y por el genio natural de los habitantes, atestiguan un impulso general que arrastra al mundo entero en una misma dirección. Sin embargo, hay que reconocer que en esa revolución los Japoneses sobresalieron en espíritu de justicia, puesto que completaron la libertad de los campesinos

¹ Félix Régamey, *Humanité Nouvelle*, Septiembre 1900, p. 290.

con la distribución de tierras y con una organización completa de la instrucción pública, aplicable á cada ciudad, á cada grupo de casas.

No hay duda que semejantes cambios no son de aquellos que pueden disminuir la importancia hasta compararlos á la adopción de

N.º 520. Yokoama y sus inmediaciones.



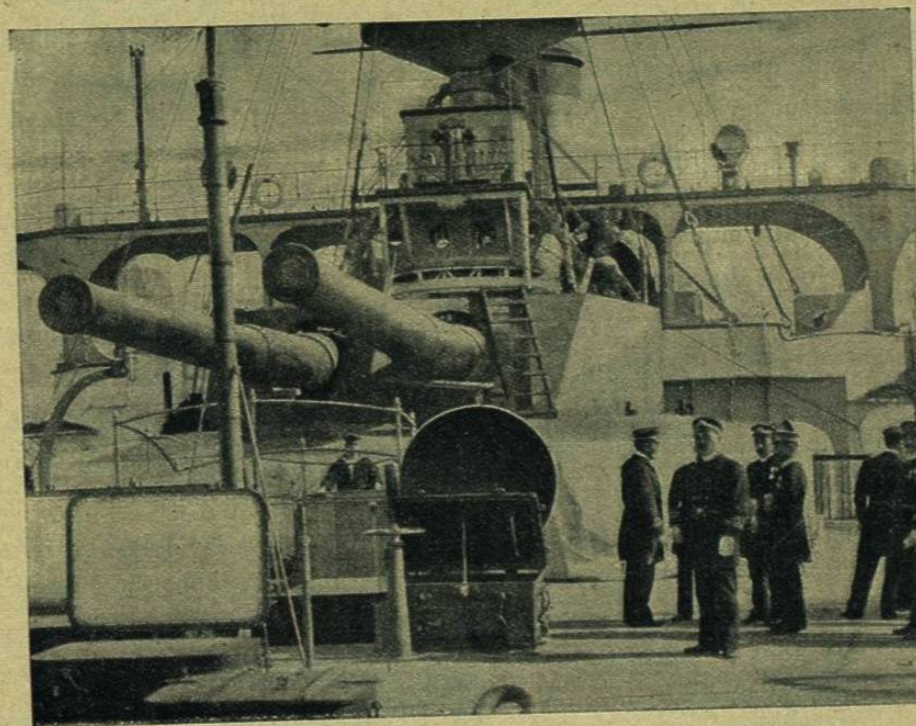
trajes nuevos, ó á la substitución del taraceo por vestidos europeos. Si la evolución japonesa se hubiera limitado á esas formas exteriores, éstas, sin gran significación especial, hubieran podido atribuirse á un exceso colectivo de vanidad, á una fiebre epidémica de la moda; pero á las modas nuevas, que, por lo demás, no se verifican sin un trabajo intelectual correspondiente, se añaden otros cambios

que afectan á lo más íntimo que existe en la manera de sentir y de pensar y hasta de apasionarse. El ejemplo más notable de esa renovación del Japón consiste en el abandono de la costumbre del *harakiri* ó suicidio por punto de honor con que los nobles japoneses se entretenían con feroz orgullo, y que han tenido la prudencia de no reemplazar por el duelo á la francesa.

Sin embargo, observadores superficiales, admirados y extrañados de esa fiebre de imitación que se había apoderado de una parte del pueblo japonés después de la apertura de los puertos al comercio extranjero, nos habían predicho que ese entusiasmo no duraría y que el día menos pensado todas esas gentes de raza aina, malaya ó polinesia desearían con horror las importaciones de otras razas; pero la profecía no tenía probabilidad alguna de realización, lo que no ha impedido que la reacción se produzca, en el sentido de que los Japoneses obedezcan al antiguo exclusivismo nacional y tengan á honor alejar de su gobierno todos sus antiguos educadores: les conviene caminar solos y desechar los andadores. ¿No es esa la mejor prueba de que han aprendido bien su misión y que las ideas adquiridas no son simples puerilidades superficiales? Saben, á no dudarlo, que las observaciones de sus sabios, los descubrimientos de sus naturalistas, las construcciones de sus ingenieros son obras de buena ley, dignas de figurar al lado de trabajos análogos de los émulos occidentales. Además tienen la debilidad, de que ninguna fracción de la humanidad está exenta, de reivindicar sus glorias «nacionales» como caracterizadas por un valor excepcional; lo mismo que nosotros, tienen sus arrogantes *jin-go*, grotesca chusma de jactanciosos cuyo nombre ha merecido atravesar el Océano, ya que en todas partes se halla esa gente insoporable.

Lo que no permite dudar de que las transformaciones políticas y sociales del Japón son verdaderamente cambios definitivos, que no pueden retroceder, es que han pasado, por decirlo así, por la prueba del fuego. Los elementos de renovación han tropezado contra una reacción formidable, y no han podido triunfar sino por guerras intestinas, de revoluciones y contrarrevoluciones. La resistencia de los *daimio* ó señores feudales y de los nobles ó *samurai* duró una quincena de años, desarrollándose con una soberbia amplitud de epopeya

y rompiendo absolutamente los moldes tradicionales de la sociedad de la Edad Media. Esos son hechos consumados sobre los cuales no ha de volverse ya. Se vió una cosa que antes hubiera parecido monstruosa: matrimonios de clases distintas, escuelas donde se sentaban juntos hijos de nobles é hijos de obreros que estudiaban la



UN BUQUE DE GUERRA JAPONÉS

solución de los mismos problemas. El sentimiento del honor, simbolizado por la etiqueta, por las prácticas reglamentadas, de tal manera se hubiera sentido ofendido en los Japoneses del antiguo régimen, que no hubieran vacilado en abrirse el vientre antes que justificar con su presencia la posibilidad de semejantes abominaciones.

Hay un arte de origen europeo, el arte monstruoso de la guerra, en el que los Japoneses se han mostrado brillantísimos discípulos. Pronto aprendieron á manejar los fusiles y los sables, á cargar y á disparar el cañón, á maniobrar sobre el terreno, á equipar y á dirigir los buques de guerra, y eran ya maestros en la ciencia del gran exterminio cuando se les creía aún en el período del aprendizaje.

Aquel pueblo, en el que sobrevive todavía el viejo instinto de los piratas malayos, honra á los capitanes prusianos y otros que les han adiestrado militarmente. Los Chinos pacíficos desprecian precisamente á los insulares del Japón á causa de su espíritu belicoso y los llaman *Ou-hang* ó «Brutos», acusándoles de no saber bien más que dos cosas, dar sablazos y «hacer pum», ó sea disparar armas de fuego¹. En efecto, durante la guerra de 1895 experimentaron sobre sí mismos que no se habían equivocado acerca de los talentos homicidas de sus rivales. Y, juzgados por los prácticos y los estratégicos, los oficiales japoneses se han mostrado, por la precisión y la solidaridad de sus movimientos y por las combinaciones sabias de sus operaciones, muy superiores á aquellos á quienes se había confiado antes el manejo de los grandes ejércitos en los Balkanes y en Francia.

Es de temer, por estar aún tan sometidos los hombres á la locura de los odios nacionales, que esos alineadores de soldados y apuntadores de cañón hayan de probar todavía su ciencia, mas la susceptibilidad de Rusia sobre su frontera de Extremo Oriente está adormecida por la renovación que se produce en sus provincias europeas.

Japoneses y Chinos quedan solos frente á frente en Mandchuria; en cuanto á los habitantes de Corea, es natural que deberían pertenecerse y no tener ni temer á los del Sud ni á los del Norte, pero, acostumbrados á una servil obediencia á sus propios funcionarios y empleados imperiales, no son un pueblo. No hay duda que Corea es una individualidad geográfica bien determinada por su forma peninsular y por los macizos montañosos que la separan de Mandchuria. Natural hubiera sido que se constituyera en Estado distinto ó al menos que recobrase su unidad nacional después de haberla perdido provisionalmente por las invasiones armadas. Por otra parte, Corea presenta rasgos particulares que la expusieron en todo tiempo á grandes peligros políticos y á la pérdida ó á la disminución de su independencia. Como Italia, á la que el Cho-sen ó «País de la Paz Matinal» se parece por su forma, sus dimensiones, su clima, sus productos y sus buenos puertos, la península coreana es muy larga en proporción de su anchura, y las elevaciones montañosas de sus

¹ Villetard de Laguérie, *La Corée*, p. 16.

«Apeninos» la dividen en cuencas separadas donde han solido acantonarse príncipes en lucha; también, como en Italia, los ricos valles de la Corea del centro y del mediodía han atraído á los invasores del Norte, nómadas más prácticos en el oficio de la guerra que los pacíficos Coreanos; por último, China, con su inmenso territorio, su población superabundante, su antigua civilización y la superioridad de su industria, había de ejercer sobre Corea gran fuerza de atracción y aun reducirla á la condición de vasalla. Durante los períodos históricos que favorecieron la potencia exterior del Japón, Corea se halló solicitada por dos fuerzas que obraban en sentido contrario: los dos grandes imperios, el continental y el insular, se disputaban la tutela del Estado interpuesto. El predominio perteneció más frecuentemente á China.

De hecho, por la inmigración continua de los Japoneses, lo mismo que por el éxito de sus armas, el Imperio del Sol Levante se ha asegurado últimamente la posesión de Corea, pero en los territorios limítrofes la cuestión se complica con todos los elementos étnicos y sociales que obran en el resto del mundo y que pueden favorecer á uno ó á otro de los rivales. Las naciones tienen conciencia de la solidaridad de los intereses de Europa y de Asia y el menor movimiento hace vibrar á la vez á toda la humanidad.

